

Enriqueta respiró, pero echó á correr conmigo, siguiéndonos Magdalena.

—Vuelva usted despacio—me dijo,—que no se sofoque la niña. Ya lo ve usted, la carrera que dió el señor de Mortsauf con este tiempo tan caluroso le hizo sudar, y su permanencia bajo el nogal puede ser causa de una desgracia.

Estas palabras, dichas en medio de su turbación, demostraban la pureza de su alma. ¡La muerte del conde una desgracia! Enriqueta llegó rápidamente á Clochegourde, pasó por una brecha de la cerca, y á través de las viñas se dirigió á la casa. Yo volví lentamente. La expresión de Enriqueta me había iluminado, pero como ilumina el rayo que incendia las mieses ya granadas. Durante aquel paseo por el río me había creído el preferido, y comprendí con amargura que sus palabras eran sinceras é hijas de su buena fe. El amante que no lo es todo, no es nada. Yo amaba, pues, sólo con los deseos de un amor que sabe todo lo que quiere, que se nutre de antemano con caricias esperadas, que se contenta con voluptuosidades del alma, porque mezcla á ellas las que le reserva el porvenir. Si Enriqueta amaba, no conocía nada de los placeres ni de las tempestades del amor; vivía del sentimiento mismo, como una santa con Dios. Yo era el objeto á que se referían todos sus pensamientos, todas sus sensaciones desconocidas, como un enjambre de abejas que revolotea en torno de las ramas de un árbol florido; pero no era el principio, sino un accidente de la vida. Rey destronado, iba preguntándome si podría recuperar mi reino; en mis locos celos me reprochaba no haberme atrevido á nada, no

haber estrechado los vínculos de una ternura, que me parecía entonces más sutil que verdadera, con las cadenas del derecho positivo que crea la posesión.

La indisposición del conde, determinada tal vez por la humedad del nogal, se hizo grave en algunas horas. Fui á buscar á Tours un médico renombrado, el señor Origet, quien no pudo venir antes del anochecer, pero que permaneció en Clochegourde durante toda la noche y el día siguiente. Aunque había enviado á buscar una gran cantidad de sanguijuelas para aplicárselas, juzgó que era urgente una sangría, y por desgracia no había traído la lanceta. En seguida corrí á Azay, con un tiempo espantoso; desperté al cirujano, señor Deslandes, y le obligué á seguirme con la ligereza de un pájaro. Diez minutos más tarde el conde hubiera sucumbido; la sangría le salvó. Á pesar de aquel primer éxito, el médico pronosticó una fiebre inflamatoria de las más perniciosas, una de esas enfermedades que atacan generalmente á las gentes que han gozado siempre de perfecta salud. La condesa, aterrada, creía ser la causa de aquella crisis fatal. Sin fuerzas para darme las gracias por mis cuidados, se contentaba con dirigirme algunas sonrisas, cuya expresión equivalía al beso que habría depositado en mi mano: yo hubiera querido leer en su mirada el remordimiento de un amor ilícito, pero no veía sino el acto de contrición de un arrepentimiento que hacía daño ver en un alma tan pura, y la expresión de su ternura admirativa para aquel á quien consideraba un alma noble, acusándose ella de un crimen imaginario. Si amaba como Laura de Nover amó á Petrarca, y no como Francisca de Rimini amó á Paolo. ¡Descubri-

miento terrible para el que soñaba con la unión de aquellos dos géneros de amor! La condesa, con el cuerpo doblegado y los brazos caídos, yacía en un sucio sillón en aquel aposento que se parecía á la guarida de un jabalí. Al día siguiente por la tarde, antes de partir, viendo que había pasado la noche en vela, el médico le dijo que tomase algún descanso, porque la enfermedad debía ser larga.

—¡Descanso!—respondió—¡no, no! ¡Nosotros, sólo nosotros le cuidaremos!

Y añadió mirándome:

—¡Debemos salvarle!

Á estas palabras, el médico nos dirigió una mirada escrutadora y llena de asombro. La expresión de aquella frase era muy á propósito para hacer sospechar algún atentado frustrado. Prometió volver dos veces á la semana, indicó al señor Deslandes la marcha que debía seguir, y manifestó los síntomas amenazadores que podían exigir que se fuese á buscarle á Tours.

Á fin de procurar á la condesa por lo menos una noche de descanso cada dos, le pedí que me dejase velar al conde alternativamente con ella; así pude decidirla, no sin trabajo, á que se acostase la tercera noche. Cuando todo dormía en la casa, durante un momento en que el conde se adormeció, oí en el cuarto de Enriqueta un doloroso gemido. Dominado por una viva inquietud, fui á buscarla. Estaba arrodillada ante su reclinatorio, derramando amargas lágrimas, y se acusaba diciendo:

—¡Dios mío! ¡si tal es el precio de una queja, no me quejaré!

Volvióse al ruido que hice y dijo al verme:

—¿Le ha dejado usted?

—La he oído llorar y gemir; y he temido por usted.

—¡Oh! ¡yo estoy bien!—repuso.

Quiso asegurarse de que el señor de Mortsauf dormía; bajamos los dos, y juntos lo contemplamos á la claridad de un quinqué; el conde estaba, más bien que dormido, debilitado por la pérdida de la sangre que le habían sacado, y sus manos agitadas cogían la ropa, crispándose sobre ella.

—Se dice que eso es señal de muerte—dijo Enriqueta.—¡Oh! si muriese de esta enfermedad, que nosotros hemos causado, no me casaría jamás: ¡lo juro!

Y extendió la mano sobre la cabeza del conde con ademán solemne.

—He hecho todo lo posible para salvarle—le dije.

—¡Oh! ¡usted es bueno! Yo, yo sola soy la culpable! Se inclinó sobre aquella frente descompuesta, enjugó el sudor con sus cabellos, y la besó santamente; pero no pude ver sin una secreta alegría que consideraba aquella caricia como una expiación.

—¡Blanca, de beber!—dijo el conde con voz débil.

—¿Lo ve usted? No conoce á nadie sino á mí—me dijo llevando un vaso.

Y con su acento, con sus maneras afectuosas, trataba de insultar los sentimientos que nos ligaban, inmolándonos al enfermo.

—Enriqueta—le dije,—vaya usted á reposar un poco; yo lo suplico.

—¡Nada de Enriqueta!—me dijo interrumpiéndome con imperiosa precipitación.

—Acuéstese usted para no caer enferma. Sus hijos

él mismo le ordenan cuidarse, y hay casos en que el egoísmo es una virtud sublime.

—Sí—respondió.

Y se retiró, recomendándome su marido con ademanes que hubieran sido síntomas de un próximo delirio, si no hubiese tenido las gracias de la infancia mezcladas á la fuerza suplicante del arrepentimiento. Aquella escena terrible, midiéndola por el estado habitual de aquella alma pura, me asustó: tenía la exaltación de la conciencia. Cuando el médico volvió, le revelé los infundados escrúpulos que asesinaban á mi blanca Enriqueta, y aunque discreta, aquella confianza disipó las sospechas del señor Origet, que calmó las agitaciones de aquella hermosa alma diciéndole que el conde debía, en todo caso, sufrir aquella crisis, y que su permanencia bajo el nogal le había sido más beneficiosa que perjudicial, determinando la enfermedad.

Durante cincuenta y dos días el conde estuvo entre la vida y la muerte, y Enriqueta y yo, turnando, lo veíamos veintiséis noches cada uno. El señor de Mortsauf debió su salvación á nuestros cuidados y á la escrupulosa exactitud con que ejecutamos las órdenes del señor Origet. Semejante á esos filósofos á quienes sabías observaciones autorizan á dudar de las buenas acciones cuando no son más que el secreto cumplimiento del deber, aquel hombre, asistiendo á aquel combate de heroísmo entre la condesa y yo, no podía menos de expiarnos con miradas inquisidoras, temiendo sin duda engañarse en su admiración.

—En una enfermedad de ese género—me dijo al hacer su tercera visita,—la muerte encuentra un pronto

auxiliar en la parte moral cuando está tan gravemente alterada como la del conde. El médico, los cuidados, las gentes que rodean al enfermo tienen su vida entre las manos, porque en semejantes casos una sola palabra, un temor vivo expresado por un gesto, tiene la fuerza de un veneno.

Hablándome así, Origet estudiaba mi rostro y mi aspecto; pero vió en mis ojos la clara expresión de un alma cándida. En efecto, durante el curso de aquella cruel enfermedad, no se formó en mi inteligencia la más ligera de esas malas ideas involuntarias que á veces manchan las conciencias más inocentes. Para quien contempla grandiosa la naturaleza, todo tiende á la unidad por asimilación. El mundo moral debe estar regido por un principio análogo: en una esfera pura todo es puro. Junto á Enriqueta se respiraba un perfume celestial, y parecía que un deseo reprochable debía para siempre dejarme de ella: no solamente era la felicidad, sino también la virtud. Encontrándonos siempre igualmente atentos y cuidadosos, el doctor tenía por nosotros cierta expresión de piedad y de enternecimiento en las palabras y en las maneras, como si se dijera: «He aquí los verdaderos enfermos, aunque ocultan su herida y la olvidan». Por un contraste que, según aquel excelente hombre, es bastante común en las naturalezas así destruidas, el señor de Mortsauf se mostraba paciente, lleno de obediencia, no se quejaba jamás, y denotaba una maravillosa docilidad, cuando, sintiéndose bueno, no hacía la cosa más insignificante sin mil observaciones. El secreto de aquella sumisión á la medicina, tan negada antes, era un miedo cerval á la muerte: otro contraste

en un hombre de bravura tan irrecusable. Este miedo podía ser la explicación de muchas rarezas del nuevo carácter que le habían impreso sus desgracias.

¿Lo crearás, Natalia? Te lo confesaré, sin embargo: aquellos cincuenta días y el mes que les siguió fueron los más hermosos de mi vida. El amor es, en los espacios infinitos del alma, lo que es en un hermoso valle el gran río en que convergen las lluvias, los arroyos y los torrentes, en que caen las flores y los árboles, los guijarros de la orilla y las rocas más elevadas: tanto se engrandece por las tempestades como por el lento tributo de las claras fuentes. Sí, cuando se ama, todo se refiere al amor. Pasados los primeros peligros, la condesa y yo nos acostumbramos á la enfermedad. Á pesar del desorden incesante introducido por los cuidados que exigía el conde, su cuarto, que habíamos encontrado tan sucio, se vió limpio y bien arreglado. Bien pronto nos encontramos como dos seres arrojados en una isla desierta, pues no solamente las desgracias aislan, sino que hacen callar á las mezquinas convenciones de la sociedad. Además, el interés del enfermo nos obligaba á tener muchos puntos de contacto que ningún otro acontecimiento habría autorizado. ¡Cuántas veces nuestras manos, tan tímidas antes, se encontraron al prestar algún auxilio al conde! ¿No había yo de sostener, de ayudar á Enriqueta? Con frecuencia, obligada por una necesidad sólo comparable á la del soldado que está de centinela, se olvidaba de comer, y entonces yo le servía, algunas veces sobre sus rodillas, una comida que tomaba de prisa y que necesitaba mil pequeños cuidados. Era una escena de niños al lado de una tumba

entreabierta. Me pedía los medicamentos que podían evitar algún sufrimiento al conde, y me empleaba en mil pequeñas tareas. Durante los primeros tiempos en que la intensidad del peligro ahogaba, como durante un combate, las sutiles distinciones que caracterizan los hechos de la vida ordinaria, Enriqueta se despojó necesariamente de esa especie de decoro que todas las mujeres, aun las más naturales y sencillas, tienen en sus palabras, en sus miradas y en su conversación cuando están delante de gente ó de su familia, y que no es más que la afectación del descuido. ¿No se presentaba ante mis ojos entre las nieblas del amanecer, con sus castos trajes de mañana, que me permitían entrever seductores tesoros de belleza, que en mis locas esperanzas casi consideraba míos? Y aun permaneciendo imponente y altiva, ¿podía no ser familiar? Por otra parte, durante los primeros días el peligro quitó completamente toda significación apasionada á las interioridades de nuestra íntima unión, que no vió en ella nada malo, y luego, cuando la reflexión se hizo lugar, creyó tal vez que sería un insulto tanto para ella como para mí cambiar de maneras. Nos encontramos insensiblemente familiarizados con la situación, casi casados; se mostró noblemente confiada, segura de sí, como de mí mismo. Penetré más en su corazón, y la condesa volvió á ser mi Enriqueta, obligada á amar más y más al que se esforzaba por ser su segunda alma. Bien pronto no tuve que esperar su mano, siempre irresistiblemente abandonada á la primera mirada de súplica, é igualmente podía, sin que se ocultase á mi vista, contemplar con embriaguez las bellas líneas de sus formas durante las largas horas en

que velábamos juntos el sueño del enfermo. Las pequeñas voluptuosidades que nos concedíamos, esas miradas enternecidas, esas palabras pronunciadas en voz baja para no despertar al conde, los temores, las esperanzas dichas y vueltas á decir, en fin, los mil acontecimientos de la fusión completa de dos almas por largo tiempo separadas, se destacaban vivamente sobre las sombras dolorosas del cuadro que nos rodeaba. Conocimos por completo nuestras almas en aquella terrible prueba, á la que no resisten con frecuencia los afectos más vivos, que sucumben bajo la costumbre de verse á cada momento y que se separan experimentando esa cohesión constante en que se encuentra ligera ó pesada la carga de la vida. Ya sabes qué estrago causa la enfermedad del jefe de una familia; qué interrupción en los negocios; qué desarreglo en las horas marcadas para todo: parece que la vida, turbada en él, turba los movimientos de su casa y de su familia. Aunque todo caía sobre la condesa, el señor de Mortsaufr era útil, por lo menos, para las relaciones exteriores: él hablaba con los arrendatarios, se entendía con los agentes de negocios y cobraba las rentas, y si la condesa era su alma, él era su cuerpo. Me constituí en su mayordomo para que pudiese atender al cuidado del conde, sin que peligrasen en nada sus intereses; y ella lo aceptó todo de la manera más sencilla, sin darme siquiera las gracias. Aquellos cuidados repartidos, aquellas órdenes transmitidas en su nombre, fueron una dulce comunicación más establecida entre los dos. Por las tardes, en su cuarto, hablábamos frecuentemente de intereses y de sus hijos; aquellas conversaciones daban una esperanza más á

nuestro efímero matrimonio. ¡Con qué alegría se presentaba Enriqueta á dejarme representar el papel de marido, á hacer que ocupase su lugar en la mesa, á enviarme á dar instrucciones al guarda, y todo esto con el mayor abandono, pero sin ese íntimo placer que experimenta involuntariamente la mujer más virtuosa del mundo cuando encuentra un medio de reunir la más estricta observación de sus deberes y la satisfacción de sus deseos inconfesados! Anulado por la enfermedad, el conde no pesaba sobre su mujer ni sobre su casa; la condesa fué dueña de sí misma y tuvo el derecho de ocuparse de mí y de hacerme objeto de una multitud de cuidados. ¡Qué júbilo cuando descubrí en ella el pensamiento, tal vez vagamente concebido pero deliciosamente expresado, de revelarme todo el inapreciable valor de su persona y de sus cualidades, de hacerme conocer el cambio notable que se operaría en ella si tuviera la dicha de ser comprendida! Aquella flor, incasablemente cerrada en la fría atmósfera de su hogar, se abría á mis miradas y para mí solo, y tenía tanta complacencia en desplegarse, que era imposible no ver en ella la secreta influencia del amor. De este modo, y hasta en los detalles más pequeños de la vida, me probaba cuán presente estaba en su pensamiento. El día que, después de haber pasado la noche al lado del lecho del enfermo, me acostaba tarde, Enriqueta se levantaba antes que todo el mundo y hacía reinar en torno mío el silencio más absoluto; sin necesidad de que se lo advirtiesen, Magdalena y Santiago se iban á jugar lejos; su madre echaba mano de todas las supercherías imaginables para conquistar el derecho de poner la mesa

para mí; en fin, me servía con una alegría en los movimientos, con una ligereza de golondrina, con un sonrosado en las mejillas, con un temblor en la voz, con una penetración de lince, ¿acaso esas expansiones del alma se describen? Con frecuencia se sentaba rendida de fatiga; pero si por casualidad en aquellos momentos de cansancio se trataba de mí ó de sus hijos, para mí ó para sus hijos encontraba nuevas fuerzas y se levantaba ágil, viva y alegre. ¡Cómo se complacía en mostrar su ternura, como el sol muestra sus rayos! ¡Ah! Natalia. Sí; ciertas mujeres participan en la tierra de los privilegios de los espíritus angélicos, y, como ellos, esparcen esa luz que San Martín, el filósofo desconocido, decía que es inteligente, melodiosa y perfumada. Segura de mi discreción, Enriqueta quiso levantar la pesada cortina que nos ocultaba el porvenir, dejándome ver en ella dos mujeres: la mujer encadenada que me había seducido á pesar de sus rudezas, y la mujer libre cuya ternura debía eternizar mi amor. ¡Qué diferencial! El señor de Mortsauf era el bengalí transportado á la fría Europa, tristemente puesto en su percha, mudo y moribundo en la jaula en que le guarda el naturalista; Enriqueta era el mismo bengalí cantando sus poemas orientales en la espesura á las orillas del Ganges, como una pedrería viviente, volando de rama en rama, entre las rosas de una inmensa *volkameria*, siempre florida. Su belleza se hizo más bella; su inteligencia se reavivó. Aquel continuo fuego de alegría era un secreto entre nuestras dos almas, pues el ojo del abate Dominis, aquel representante del mundo, era para Enriqueta más temible que el del señor de Mortsauf; pero te-

nia, como yo, un gran placer en dar á sus pensamientos giros ingeniosos, ocultaba su contento bajo el disfraz de la broma, y cubría los testimonios de su ternura con el brillante manto de la gratitud.

—Hemos sometido nuestra amistad á rudas pruebas, Félix, y bien podemos permitirnos las libertades que permitimos á Santiago ¿no es verdad, señor abate?— decía en la mesa.

El severo abate respondía con esa amable sonrisa del hombre piadoso que lee en los corazones y los encuentra puros; por otra parte, el eclesiástico experimentaba por la condesa ese respeto mezclado de admiración que inspiran los ángeles. Dos veces, en cincuenta días, avanzó la condesa tal vez más allá de los límites en que se encerraba nuestro afecto; pero aun aquellos sucesos quedaron envueltos en ese velo que no se levanta sino el día de las confesiones supremas. Una mañana, en los primeros días de la enfermedad del conde, en el momento en que la condesa se arrepentía de haberme tratado tan severamente retirándome los inocentes privilegios concedidos á mi casta ternura, yo esperaba para que viniese á reemplazarme; fatigado y demasía, me había dormido con la cabeza apoyada en la mano. De pronto desperté sintiendo en la frente una frescura que me produjo una sensación comparable á la que me habría causado el contacto de una flor. Enriqueta estaba á tres pasos de mí, y me dijo:

—¡Ya estoy aquí!

Me retiré, dándole los buenos días, y le cogí la mano, sintiéndola húmeda y temblorosa, y le dije:

—¿Sufre usted?

—¿Por qué me hace usted ese pregunta?—me dijo. La miré, enrojeciendo, confundido, y le respondí: —He soñado.

Una tarde, durante una de las últimas visitas del señor Origet, que había anunciado positivamente la convalecencia del conde, yo me encontraba con Santiago y Magdalena, sentados los tres en los escalones de la gradería y ocupada nuestra atención en un juego infantil. El señor de Mortsauf dormía, y en tanto que aparejaban su caballo, el médico hablaba á media voz con la condesa en el salón. El señor Origet se marchó sin que yo lo advirtiese, y, después de haberle acompañado, Enriqueta se apoyó en la ventana, desde la cual estuvo contemplándonos sin duda durante algún largo tiempo sin que nosotros la viésemos. Era una de esas tardes cálidas en que el cielo toma los matices del cobre y en que el campo envía con los ecos mil rumores confusos. El último rayo del sol agonizaba en los tejados, las flores de los jardines perfumaban el aire, y á lo lejos se oía el sonido de los cencerros del ganado que volvía á los establos. El silencio de aquella hora había llegado á dominarnos y ahogábamos nuestros gritos para no despertar al conde. De pronto, á pesar del ruido onduloso de un vestido, oí la contracción gutural de un suspiro violentamente comprimido. Me lancé al salón y vi á la condesa sentada en el hueco de una ventana con el rostro cubierto con un pañuelo; reconoció mis pasos, y con un ademán dulcemente imperioso me mandó que la dejase sola. Me acerqué á ella con el corazón penetrado de dolor, y á pesar de su resistencia le descubrí el semblante: estaba bañado en lágrimas.

Antes de que pudiera decirle una palabra, huyó á su cuarto, y no salió de él hasta la hora de la oración. Por primera vez, después de cincuenta días, la llevé á la terraza, y una vez allí le pedí cuenta de su emoción; pero afectó la alegría más encantadora y la justificó con la buena noticia que le había dado Origet.

—Enriqueta, Enriqueta—le dije,—en el momento en que la vi llorar, ya sabía usted eso. Entre nosotros, una mentira sería una monstruosidad. ¿Por qué me ha impedido usted enjugar sus lágrimas? ¿Me pertenecían, pues?

—He pensado—me respondió—que esta enfermedad ha sido para mí un alto, una tregua, un descanso en el dolor. Ahora que no tiemblo por el señor de Mortsauf, tengo que temblar por mí.

Y tenía razón. El restablecimiento del conde se anunció por la vuelta de su carácter caprichoso y raro; empezó á decir que ni su mujer, ni yo, ni el médico sabíamos cuidarle, que lo ignorábamos todo, su enfermedad su temperamento, sus sufrimientos y sus remedios convenientes. Según él, el señor Origet, infatuado por no qué doctrina, veía una alteración en los humores, cuando no debía ocuparse más que del píloro. Un día me miró maliciosamente, como hombre que nos hubiera expiado y adivinado, y dijo sonriendo á su mujer:

—Y bien, confésalo, querida. Si hubiera muerto, me habría sentido, pero te hubieras resignado.

—Hubiera llevado el luto de corte, rosa y negro—respondió la condesa riendo, á fin de hacer callar á su marido.

Pero hubo, sobre todo, á propósito del alimento, que el doctor limitaba sabiamente, oponiéndose á que se

satisficiesse por completo el apetito del convaleciente, escenas de violencia y disputas que no podían siquiera compararse á las pasadas, pues el carácter del conde se mostraba tanto más temible, cuanto que había estado, por decirlo así, dormido. Fuerte con las terminantes recomendaciones del médico y con la obediencia de sus criados, y estimulada además por mí, que veía en aquella lucha un buen medio de enseñarle á ejercer su dominio sobre su marido, la condesa se resolvió á la resistencia; supo oponer una frente tranquila á la demencia y á los gritos, y se acostumbró al fin, tomándole por lo que era verdaderamente, por un niño, á oír sus injuriosos epítetos. Tuve, por último, la felicidad de verla tomar dominio sobre aquel espíritu enfermizo: el conde gritaba pero obedecía, y obedecía mejor después de haber gritado mucho. Á pesar de la evidencia de los resultados, Enriqueta lloraba á veces ante el espectáculo que ofrecía aquel viejo descarnado, débil, de frente más amarilla que la hoja próxima á caer, de ojos hundidos y manos temblorosas; se reprochaba interiormente sus durezas, y con frecuencia no podía resistir al júbilo que brillaba en los ojos del conde cuando, alargando su comida, iba más allá de las prescripciones del médico. Mostrábase tanto más dulce y cariñosa para él, cuanto más lo había sido para mí; pero noté, sin embargo, diferencias que llenaron mi corazón de infinita alegría. No era infatigable y sabía llamar á los criados para servir al conde cuando sus caprichos se sucedían con demasiada rapidez y empezaba á quejarse de no ser comprendido.

La condesa quiso dar gracias á Dios por el restablecimiento del señor de Mortsauf; mandó decir una

misa en la iglesia del valle y me pidió el brazo para ir á la iglesia: la acompañé, pero mientras duró la misa me fuí á hacer una visita á los señores de Chessel. Á la vuelta, quiso refirme.

—Enriqueta—le dije,—soy incapaz de una falsedad. Puedo arrojarme al agua para salvar á un enemigo que va á ahogarse, darle mi capa para que se caliente, perdonarle, en fin, pero sin olvidar la ofensa.

Guardó silencio y apretó mi brazo contra su corazón. —Es usted un ángel, y ha podido ser sincera en sus acciones de gracias—continué,—la madre del príncipe de la Paz fué salvada de las manos de un populacho furioso que quería matarla, y cuando la reina le preguntó: «¿Qué hacía usted entonces?»,—la noble dama le respondió: «Oraba por ellos.»—La mujer es así; pero yo soy hombre y necesariamente imperfecto.

—¡No se calumnie usted!—dijo moviendo mi brazo con violencia;—¡tal vez valga más que yo!

—Sí—repuse,—porque daría la eternidad por un solo día de dicha, y usted...

—¿Y yo?—dijo mirándome con altivez.

Me detuve y bajé los ojos para evitar el rayo de su mirada.

—¡Yo!—repuse.—¿De qué yo habla usted? En mí hay muchos yos. Esos dos niños, Santiago y Magdalena, son uno de mis yos—añadió indicándome á sus hijos.—Félix, ¿me cree usted egoísta?—dijo con delirante acento.—Me cree capaz de sacrificar una eternidad para recomensar al que me sacrifica la vida? Este pensamiento es horrible y opuesto por completo á los sentimientos religiosos. ¿Puede levantarse una mujer así degradada?



¿Puede absolverla su felicidad? Bien pronto contestará usted á esas preguntas. Sí, le entrego al fin un secreto de mi conciencia: esta idea ha conmovido con frecuencia mi corazón, la he expiado con duras penitencias, y sólo ella produjo las lágrimas de que anteayer me pidió usted cuenta.

—No dé usted—repuse—demasiada importancia á ciertas cosas que las mujeres vulgares colocan muy altas, y que usted debería...

—¡Oh!—dijo interrumpiéndome;—se la da usted menos! Esta lógica detuvo todo razonamiento.

—Pues bien—añadió,—sépalo. Sí, habría cometido la baja cobardía de abandonar á ese pobre viejo cuya vida soy; pero, amigo mío, esas dos débiles criaturas que están delante de nosotros, Santiago y Magdalena, tendrían que quedarse con su padre. ¿Y cree usted, respóndame, que hubieran podido vivir tres meses bajo el dominio insensato de ese hombre? ¡Si al faltar á mis deberes no se tratase más que de mí... (dejó ver una sonrisa soberbia). Pero ¿no sería eso condenar á muerte á estos dos niños? Sí, su muerte sería segura. Pero, ¡Dios mío! ¿por qué hablamos de esto?... ¡Cátese... y déjeme morir!

Y pronunció esas palabras con un acento tan amargo, tan profundo, que ahogó por completo la revuelta de mi pasión.

—Se quejó usted allá arriba, bajo aquel nogal—le dije,—y yo me he quejado bajo estos álamos: he aquí todo. En adelante callaré.

—¡Sus generosidades me matan!—contestó levantando los ojos al cielo.

Habíamos llegado á la terraza, donde encontramos al conde sentado en un sillón, al sol. El aspecto de aquel rostro descarnado y hundido, animado apenas por una débil sonrisa, extinguió las llamas que habían brotado de las cenizas. Me apoyé en la balaustrada, contemplando el cuadro que ofrecía aquel moribundo entre sus dos hijos siempre enfermizos, y su mujer pálida por las vigiliás, enflaquecida por trabajos excesivos, por las alarmas, y tal vez por las alegrías de aquellos dos terribles meses, pero cuyas mejillas habían coloreado las emociones de la reciente escena. Al contemplar á aquella familia, rodeada de trémulos follajes, á través de los cuales pasaba la luz gris de un nublado cielo de otoño, sentí que en mi interior se desataban los lazos que sujetan el alma al cuerpo. Por primera vez en mi vida experimenté ese esplín moral que, según se dice, conocen los más robustos combatientes en lo más rudo de sus combates, especie de locura fría que hace un cóctel del hombre de más valor, un devoto de un increíble, y que nos vuelve indiferentes para todo, aun para los sentimientos más vitales en el hombre, el honor y el amor, pues la duda nos quita el conocimiento de nosotros mismos y hasta el gusto de la vida. Pobres criaturas nerviosas á quienes la riqueza de vuestra organización entrega sin defensa á un genio fatal y desconocido, ¿dónde están vuestros jueces? Concibo cómo el joven audaz que ya ponía la mano sobre el bastón de los mariscales de Francia, tan hábil negociador como capitán intrépido, habría podido adivinar al inocente asesino que yo entreveía. Mis deseos, hoy coronados de alas, ¿podían tener este fin? Espantado por la causa

tanto como por el efecto, preguntaba, como el impío, dónde estaba la Providencia, y no pude retener dos lágrimas que rodaron por mis mejillas.

—¿Qué tienes, mi buen Félix?—me preguntó Magdalena con su voz infantil.

Enriqueta acabó de disipar aquellos negros vapores y aquellas tinieblas con una mirada de solicitud que irradió en mi alma como el sol. En aquel momento el viejo picador me trajo de Tours una carta, cuya vista me arrancó un grito de sorpresa, que de rechazo hizo temblar á la señora de Mortsauf. Estaba cerrada con el sello de la secretaría real. El rey me llamaba.

Presenté la carta á Enriqueta, que la leyó de una mirada.

—¡Se va!—dijo el conde.

—¿Qué va á ser de mí?—murmuró Enriqueta conociendo por primera vez el desierto sin sol en que se quedaba.

Durante algún tiempo permanecimos en un estupor de pensamiento que á todos nos oprimía igualmente, pues nunca como entonces habíamos sentido cuán necesarios nos éramos los unos á los otros. La misma condesa tuvo, hablando de todo, aun de las cosas más indiferentes, un tono de voz completamente nuevo, como un instrumento que hubiera perdido muchas cuerdas y estuvieran las otras destempladas. Vi en ella movimientos de apatía y miradas sin luz, y le rogué que me confiasse su pensamiento.

—¿Acaso tengo alguno?—me dijo.

Luego me llevó á su cuarto, me hizo sentar en el sofá, abrió el cajón de su tocador, se arrodilló ante mí, y exclamó:

—Aquí tiene usted los cabellos que se me han caído en el espacio de un año: tómelos usted, son suyos; algún día sabrá cómo y por qué.

Me incliné con lentitud sobre su frente, que no se bajó para evitar mis labios, y los apoyé santamente, sin culpable embriaguez, sin voluptuosidad, pero con solemne enternecimiento. ¿Quería sacrificarlo todo? ¿Llegaba ella solamente, como yo había hecho, al borde del abismo? Si el amor la hubiese impulsado á entregarse, no hubiera tenido aquella calma profunda, aquella mirada religiosa, y no me hubiera dicho con su voz pura:

—¿No me odia usted ya?

Partí al anochecer, quiso acompañarme por el camino de Frapesle y nos detuvimos bajo el nogal. Yo se lo mostré, diciéndole cómo la había distinguido desde allí cuatro años antes.

—¡Qué hermoso estaba el valle!—exclamé.

—¿Y ahora?—repuso vivamente.

—Ahora—le dije—usted está bajo el nogal y el valle es nuestro.

Bajó la cabeza y nos despedimos. Enriqueta subió á su coche con Magdalena, y yo subí al mío solo.

De vuelta á París, mi atención fué felizmente absorbida por trabajos apremiantes que me proporcionaron una violenta distracción y me obligaron á esquivar la sociedad, que me olvidó. Vivía, sin embargo, para la señora de Mortsauf, á quien enviaba mi diario todas las semanas, y que me contestaba dos veces al mes; vida oscura y llena, semejante á esos senderos espesos, florecidos é ignorados que en el fondo de los bosques había

admirado en otro tiempo, cuando formaba poemas de flores durante las dos últimas semanas.

¡Oh, vosotros los que amáis! imponeos esas hermosas obligaciones, cargaos con reglas que cumplir como las que la Iglesia ha dado para cada día á los cristianos. Es una grande idea la observación rigurosa creada por la religión romana; ella traza cada día más honda la huella del deber por la repetición de actos que conservan la esperanza y el temor. Los sentimientos corren siempre vivos por esos hondos arroyos que retienen las aguas, los purifican, refrescan incesantemente el corazón y fertilizan la vida con los abundantes tesoros de una fe oculta, manantial divino en el que se multiplica el pensamiento de un mismo amor.

Mi pasión, que resucitaba la Edad media y recordaba los tiempos de la caballería, fué conocida no sé de qué manera: tal vez el rey y el duque de Lenoncourt hablaron de ella, y la historia, á la vez sencilla y romancesca, de un joven que adoraba piadosa y santamente á una hermosa sin público, grande en su soledad, fiel sin el apoyo del deber, se extendió así desde aquella esfera superior hasta el arrabal Saint-Germain. En los salones aristocráticos me veía objeto de una atención verdaderamente molesta, pues la modestia de la vida obscura tiene ventajas indudables, las cuales, una vez experimentadas, hacen insoportable el brillo de una exhibición constante. Del mismo modo que los ojos acostumbrados á no ver más que colores suaves se deslumbran con la luz del sol, hay también ciertos espíritus á los cuales desagradan los contrastes violentos. Yo era entonces así. ¿Te sorprende esto? Pues ten

un poco de paciencia: las rarezas del Vandenesse actual van á explicarse. Encontraba á las mujeres benévolas y á la sociedad amable para mí. Después del matrimonio del duque de Berry, la corte recobró su fausto; volvieron las fiestas francesas; la ocupación extranjera había cesado, la prosperidad renacía, los placeres eran posibles, y muchos personajes ilustres por su rango ó considerables por su fortuna aflúan de todos los puntos de Europa á la capital de la inteligencia, donde se encuentran todas las ventajas y todos los vicios de los otros países, engrandecidos y abillantados por el espíritu francés. Cinco meses después de haber salido de Clochegourde en medio del invierno, mi hermoso ángel me escribió una carta desesperada, dándome la noticia de una grave enfermedad de su hijo, de la cual había podido escapar, pero que dejaba serios temores para el porvenir. El médico había recomendado que se tuvieran grandes precauciones en todo lo relativo al pecho, palabra terrible que, pronunciada por la ciencia, entristecía todas las horas de una madre. Apenas respiraba Enriqueta, apenas Santiago había entrado en la convalecencia, cuando su hermana inspiró vivísimas inquietudes. Magdalena, aquella linda planta que tan bien respondía á los cuidados maternos, sufría una crisis prevista, pero formidable para una constitución tan débil. Abatida ya por las fatigas que le había producido la larga enfermedad de Santiago, la condesa se encontraba sin valor para soportar aquel nuevo golpe, y el espectáculo doloroso que le presentaban aquellos dos seres adorados la hacía insensible á los tormentos redobrados debidos al carácter de su marido. Así, tem-

pestades cada vez más cargadas de granito desarraigaban con sus ráfagas las esperanzas más profundamente implantadas en el corazón; además, veíase abandonada á la tiranía del conde, que, aprovechándose de su debilidad, había vuelto á ganar el terreno perdido.

«Cuando toda mi fuerza bastaba apenas para cuidar á mis hijos—me escribía,—¿podía emplearla contra el señor de Mortsauf y defenderme de sus agresiones defendiéndome contra la muerte? Viéndome hoy sola y débil, entre dos niños melancólicos que me acompañan, me siento dominada por un profundo fastidio de la vida. ¿Qué golpe puedo sentir, á qué afección puedo responder cuando veo en la terraza á Santiago inmóvil, cuya vida sólo se muestra en sus hermosos ojos, agrandados por su flacura y hundidos como los de un viejo, y cuya inteligencia fuerte y robusta contrasta [pronóstico fatal] con su debilidad física? ¿Qué he de sentir y de qué no me he de cuidar cuando veo á mi lado á Magdalena, antes tan bonita, tan viva, tan cariñosa, tan sonrosada, pálida hoy como una muerta, delgada y débil, con los ojos lánguidos, que vuelven hacia mí sus miradas melancólicas como si fuera á darme el último adiós? Nada le inspira deseos; cuando se le apetece alguna cosa, alguna golosina, me asusta por la raro y lo extraño de sus gustos, y la cándida criatura, aunque educada en mi corazón, se ruboriza al confiármelos. A pesar de mis esfuerzos, no puedo distraer á mis hijos: los dos me sonríen; pero esta sonrisa es arrancada por mis mimos, y no viene de ellos, que lloran, por el contrario, no pudiendo responder á mis caricias. El sufrí-

miento ha aflojado todo en sus almas, hasta los lazos que nos unían; así comprenderá usted cuán triste está Clochegourde; el señor de Mortsauf reina en él sin obstáculo. ¡Oh, amigo mío, mi gloria!—me escribía más adelante—debe usted amarme mucho para amarme bien, para amarme inerte, ingrata, petrificada por el dolor.»

En aquellos momentos, cuando me sentía más que nunca herido en el fondo de mis entrañas, cuando no vivía sino en aquella alma sobre la cual trataba de entrar la brisa refrescante y luminosa del amor y de la esperanza, encontré en los salones del Elíseo Borbón una de esas ilustres ladys que son casi soberanas. Inmensamente rica, nacida de una familia que, desde la conquista, se conservaba pura de toda mezcla, casada con uno de los ancianos más distinguidos de la aristocracia inglesa, todas estas ventajas no eran, sin embargo, más que accesorios que realzaban la belleza de aquella mujer, sus gracias, sus maneras, su talento y su brillo especial, que seducía antes de fascinar. Fué el ídolo del día, y reinó tanto mejor en la sociedad parisiense, cuanto que tuvo las cualidades necesarias para triunfar: la mano de hierro cubierta con un guante de terciopelo de que hablaba Bernadotte. No desconoces la singular personalidad de los ingleses y ese mar de la Mancha infranqueable y orgulloso, ese frío canal de San Jorge que colocan entre ellos y las personas que les han sido presentadas. Consideran la humanidad como un inmenso hormiguero, sobre el cual marchan; no conocen de su especie sino las gentes admitidas por

ellos: de las otras, ni entienden su lenguaje; son labios que articulan y ojos que miran, pero ni las palabras ni las miradas les alcanzan. Para ellos, esas gentes son como si no fueran. Los ingleses ofrecen así en sus personas una imagen de sus islas, donde la ley lo regula todo, donde todo es uniforme en cada esfera, donde el ejercicio de las virtudes parece el juego necesario de unas ruedas que andan á hora fija. Las fortificaciones de acero bruñido levantadas alrededor de una mujer inglesa, encadenada en su hogar con hilos de oro, pero donde no le rodean más que maravillas, le prestan atractivos irresistibles. Ningún pueblo ha preparado mejor la hipocresía de la mujer casada, poniéndola á todo intento entre la muerte y la vida social; no hay para ella ningún intervalo entre la vergüenza y el honor: ó la falta es completa, ó no es falta; ó lo es todo, ó no es nada; es el *to be, or not to be* de Hamlet. Esta alternativa, unida al desdén constante á que la habitan las costumbres, hacen de la mujer inglesa un ser aparte en el mundo. Es una pobre criatura virtuosa á la fuerza y dispuesta á depravarse, condenada á perpetuas mentiras sepultadas en su corazón; pero deliciosa por la forma, porque ese pueblo todo lo ha dado á la forma. De ahí las bellezas particulares á las mujeres de ese país, esa exaltación de una ternura en que para ellas se reúne necesariamente la vida, esa exageración de sus cuidados por sí mismas, esa delicadeza de amor tan graciosamente pintada en la escena de *Romeo y Julieta*, en la que el genio de Shakspeare ha hecho de un solo rasgo el retrato de la mujer inglesa. Á ti, que tantas cosas les envidias, ¿qué te diré que no sepas

esas blancas sirenas, impenetrables en apariencia y tan pronto conocidas, que creen que el amor basta al amor, y que sienten esplín en los goces y no los van, cuya alma no tiene más que una nota, cuya voz no tiene más que una sílaba, océano de amor donde el que no ha navegado ignorará siempre algo de la poesía de los sentidos, como el que no ha visto el mar tendrá menos cuerdas en su lira? Ya sabes el por qué de estas palabras: mi aventura con la marquesa de Dudley tuvo una fatal celebridad. En una edad en que los sentidos tienen tanto influjo en nuestras determinaciones, en una juventud cuyos ardientes deseos habían sido tan violentamente comprimidos, la imagen de la santa que sufría su lento martirio en Clochegourde estaba tan profundamente grabada en mi alma, que pude resistir todas las seducciones. Esta fidelidad me valió la atención de lady Arabella; mi resistencia avivó su pasión. Lo que deseaba, como muchos ingleses, era lo brillante, lo extraordinario; quería, por decirlo así, pólora y pimienta para pasto de su corazón, del mismo modo que sus compatriotas quieren condimentos excitantes para despertar su apetito. La atonía que una regularidad metódica en las costumbres y una perfección constante en las cosas introducen en la existencia de esas mujeres, las conducen á la adoración de lo roquescos y de lo difícil. No puedo juzgar ese carácter. Cuanto más me encerraba en un frío desdén, más se apasionaba lady Dudley, y esta lucha, de la que ella se gloriaba, excitó la curiosidad de algunos salones y me valió para ella una primera felicidad que le imponía el triunfo como una obligación. ¡Ah! me habría salvado